

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año IV.

Domingo 10 de Julio de 1892.

Núm. 116.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Reducción y Administración

APÓSTOLES 11. BAJO.

Colaboradores todos los suscritores. La correspondencia al director. Número sueltó 15 céntimos.

La Juventud Literaria.

NIÑA Y MUJER.

Mil veces han dicho desde el mas ramploncillo poetaastro hasta el mas ilustre y coronado vate, que á los *quince años* todo es ilusion y que los colores verde y rosa caprichosamente combinados son los reflejos constantes de esas juveniles imaginaciones. Y en verdad, que si bien los poetas á fuerza de ilusionarse llegan (salvo escepcion) á no ver nada tal y como es, no por esto podemos negar, que rodeados de la armonía y esquisita agradabilidad de sus cantos, suelen decir algunas verdades.

Y una de estas verdades es la de las ilusiones á los quince años.

Pero si en esa edad de tránsito de la niña á la mujer estas ilusiones se rompen bruscamente antes de que la cabeza se halló lo suficientemente firme para poder reprimir un poco los naturales impetus del corazon, el daño es grande; la niña que vé rotas sus mas caras esperanzas y cruelmente despreciado su amor y su corazon, se crece un poquito en su orgullo de mujer antes de tiempo, desecha como ilusorias las teorías que antes abrigaba su infantil inteligencia, y la niña entra á ser mujer fria y reservada, de corazon seco agostado por la falta del calor que el cariño le proporcionaba.

Esto fué lo que ocurrió á la angelical María; jamás una mujer de su edad habia amado tanto á un joven, como ella adoraba á Carlos. Era este un muchacho de no pequeña estatura, el cabello rubio y un poco delgado de cuerpo, cosa que le ayudaba á ser elegante; porque he de advertir que fuere cualquiera el sastre que le vistiese y el color y nudo de la corbata que llevase, sabia Carlos darle un aire tan especial que con razon pasaba por uno de los muchachos mas *chic*.

María, con sus ojos claros, sus labios, su cabello dorado y su cutis blanco, era la perfeccion del tipo rubio; ese tipo que todos á una designamos con el calificativo de *ideal*.

Nada, pues, tenia de particular que se amasen; parecian destinados el uno para el otro. Pero su cariño era distinto. Ella amaba á Carlos con la impetuosidad y el vigor del amor primero; habíale sido simpático desde que le conoció, y desde el instante en que el joven se permitió decirle cuatro palabritas de esas que siempre recrean el oido de la mujer, sin distincion de edades, el eco de su voz resonaba en el corazon de la niña de un modo especial: co-

menzó por fijarse en el joven, continuó por analizarle y terminó por hallarle hermoso y digno de ella.

Carlos por el contrario habia empezado por comprenderla hermosa; se forjó y alimentó la idea de que le hacia falta una novia y confiando en su gallardía y en su palabra que siempre se encontraba espedita y dispuesta á servirle á las mil maravillas, llegó, vió y venció, como decia él al dia siguiente con la frente mas levantada que Cesar.

Pero luego se obstinó en querer á la chica; creyó el amor semejante á un buque y pensó anclar en aquel puerto delicioso, para poder mas tarde y cuando mejor le pareciese levar anclas y empuñando el timon dirigirse á otro punto para fondear allí otra temporada.

Y tal fué su deseo de reconcentrar su cariño y sus pensamientos todos en María, que llegó bien pronto el momento en que se creyó completamente enamorado y loco por ella.

¡Qué dias aquellos mas venturosos! ¡Con qué placer espiaba la niña el instante en que Carlos aparecía por el extremo de la calle con aquella cara de satisfaccion y alegría y aquellos ojos azules que fijos en la cara de su adorada mostraban la dicha que le inundaba! Ella bajaba enseguida á aquella providencial rejita y allí... ¡Dios mío!... que cuchichear mas constante, que de frasesitas dulces, que de promesas y juramentos.

Ella nunca habia querido ni querria á nadie mas que á él; en nada pensaba sino era en él; ¡cuántas veces le habia preguntado su madre en qué pensaba, cuando la veía con el bordado en las manos y los ojos fijos en el suelo, porque le parecia estarle viendo á cada instante y en todos lados! él era su dicha, su ideal, la cúspide de las ilusiones con que la feliz niña constituía el incierto futuro.

Era una gota de rocío, un rayo del sol, el canto de un ave, una rosa á medio abrir, que el dia que luciera sus pétalos todos, habia de brillar y atraer las miradas. ¿Olvidarse? eso jamás: habian de ser tan constantes, como el sol que no falta nunca aun cuando las nubes quieran impedir que le veamos; siempre tan unidos como las ramas al tronco, como las raices con la tierra.

Y así transcurrían dos horas, sin mas incidente que el temor que de cuando en cuando asaltaba á María de que su madre notara su ausencia; pero Cupido á pesar de ser niño sabe hacer las cosas con tal perfeccion que no se olvida nunca de enviar un sueño protector ó alguna ocupacion tan perentoria que logra de tal modo abstraer

la atencion y facultades de algunas mamás que no suelen estas echar de menos á sus hijas.

Parecía, pues, que la ventura de que gozaban no habia de tener término; cómo se engañaban! Pronto llegó esta desgraciadamente para María que era la que de veras amaba.

La niña comenzó á notar en él cierta frialdad; siempre se retrasaba para ir á verla; le faltaba en la conversacion aquel fuego que á ella tanto agradaba, aquella fraseología dulce que ella repetía con delicia cuando quedaba sola; casi siempre tenia alguna ocupacion tan apremiante que le hacia acortar sus entrevistas. La niña comenzaba á sufrir. Un dia le esperó en vano; toda la tarde la pasó al balcon; Carlos no pareció. Al siguiente bajó María á la reja decidida á hablar con energía al joven; pero apenas los labios de este se abrieron para arrojar una excusa que él mismo no queria hacer suficiente, se sintió desarmada, se dió por satisfecha y perdonó gustosa.

Pero Carlos no se enmendó; su descuido y dejadez fué en aumento y sucedió lo que no podia menos de suceder, el idilio llegó á su término; término que María creyó momentáneo, pero que Carlos decidió hacer eterno. La pobre niña esperaba siempre verle aparecer arrepentido y mas que nunca enamorado; pero pronto pudo convenecerse de que nada debía esperar. Todo lo supo; conoció que le habian robado el corazon que solo á ella habia pertenecido. Quiso conocer á su rival; la vió y la examinó detenidamente; no era mas hermosa que ella, nó; sus ojos no tenian una mirada tan franca, su nariz no era tan correcta, sus labios no tan finos, sus cabellos negros; María comprendía su superioridad en hermosura y no podia entender el cambio brusco del joven; no sabia la pobre niña que el amor camina al acaso y no se sabe donde ha de sentar sus reales.

Sin embargo el daño estaba hecho; la joven vió sus ilusiones por el suelo deshechas como el trigo despues de pasar por las piedras del molino, su amor despreciado y pisoteado su corazon.

Ahogó su cariño; rióse de aquellas promesas y juramentos y entró á ser mujer con un carácter frio, reservado, despreciativo. Y allá en sus soledades recordaba con sangre fria y sin que produjera en su alma la mas ligera sensacion las mil galanterías y atenciones de que era objeto por parte de los hombres y la oculta envidia que su hermosa producia en sus amigas. Ya no amó nunca.

C. PEREZ MARIN.

